Ángel González

ESO ERA AMOR

Ángel González

ESO ERA AMOR

Ilustraciones de
Pablo Auladell

Prólogo de
Javier Rioyo

Nórdicalibros

© Herederos de Ángel González
© De las ilustraciones: Pablo Auladell
© Del prólogo: Javier Rioyo
© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.
Doctor Blanco Soler, 26 -28044 Madrid
Tlf: (+34) 917 055 057
info@nordicalibros.com
Primera edición: septiembre de 2025
ISBN: 979-13-87563-79-0
Depósito Legal: M-18156-2025
IBIC: DCF
Thema: DCF
Impreso en España / *Printed in Spain*
Grafilur
Basauri (Bizkaia)



Selección de los poemas: Verónica Ruiz
Diseño de colección y maquetación: Diego Moreno
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



MAÑANA ME DISPONGO A ESTAR CONTENTO

«Y mañana será otro día tranquilo»

Javier Rioyo

Comenzaré por el epílogo. En una noche de invierno en que dos amigos fueron al hospital donde Ángel pasaba unos días de controles, observación y descanso. Lo encontramos feliz, al día siguiente ya podría transgredir sin vigilancias las normas de sus cuidados. Como un niño al que levantan el castigo por sus reincidentes picardías. Cuando Ángel era joven parecía mayor. De mayor era más joven, más despeinado, más sonriente y con unas indisimuladas ganas de seguir pecando. Con él estaba Susana Rivera, su mujer, su amor, su cómplice y no tanto su guardiana como requerían enfermeras y médicos. No era la mejor guardiana de una celda para tener al ángel con las alas cortadas. Antes ángel expulsado que ángel caído, por más que tuviera simpatía por ese «colega» que cae, sin nunca caer, en esa querida plaza madrileña del Parque del Retiro. Un paseo varias veces compartido, después de ferias del libro y buscando el mejor bar, que siempre era el más cercano. Antes de decidir la ruta, una parada de reflexión a pie de barra.

Aquella noche de enero, convocado y en compañía de Chus Visor, llegamos a su habitación de hospital de tamaño humano, con vistas y sofá, al lado del Puente de los Franceses, de la Casa de Campo y de la Universitaria. Inevitable era recordar aquel Madrid de la

resistencia y la gloria, antesalas de la derrota, el dolor y la venganza. Por allí cerca se quedó en su llegada a Madrid por la Estación del Norte. El país, la ciudad y el paisaje habían cambiado, las emociones, los recuerdos permanecían. Ángel nada olvidaba pero no sacaba sus muertos a pasear. Consigo los llevaba, con sus silencios y su memoria. Ni aquellas muertes, ni aquellos duelos, impidieron su convicción de que el áspero mundo se superaba con la voluntad de vivir. Ángel era vida derramada, dicha en sus versos, participada a sus amigos que éramos cómplices en la voluntad de saber que «esperamos aún, todavía, siempre».

Así pasó la hora permitida de las visitas, entre risas y planes de vida, entre deseos de nocturnidades y complicidades, al lado del amigo que siempre seguía queriendo «prolongarse, vivo, hacia la muerte». A punto de irnos a celebrar la pronta liberación del poeta, con la envidia de Susana y la melancolía de Ángel, nos disponíamos Chus y yo a celebrarlo con una copa y un cigarro, las dos más dolorosas prohibiciones para ese enfermo. Al levantarme del sofá, en una ranura había unas colillas perfectamente apagadas y escondidas, las saqué y las expuse a la vista de la corta concurrencia. Con más risa que reproche dije: «¡Pero, Ángel, qué mal escondes los pecados!». Miró como sorprendido, otra vez como el niño reincidente pillado en sus trampas. «Deben de ser del anterior. Yo no he sido». Con ternura y deseando verlo al día siguiente, ya fuera de cuidados, los dejamos cerca de la medianoche. Las colillas eran de una marca americana, extralargos, los habituales del enfermo fumador. Allí se quedaron, con su cómplice compañía y sus lecturas. Recuerdo que Ángel estaba acabando *Herzog*, de Saul Bellow. Magistral novela que muchas veces había aplazado y ahora le mantenía enganchado en sus largas noches de insomne.

En esa madrugada, creo que era sábado y yo dormía profundamente en casa, nos despertó el teléfono. Era Chus para comunicar

que Ángel, en paz y silencio, sin dolores ni agonías, acababa de morir. Pensé que deberíamos haber compartido la última copa en el bar más cercano, fugado en pijama y con abrigo. Con Susana feliz, nosotros cómplices y dejando que diera unas caladas por la próxima liberación hospitalaria. No fue. Era raro nuestro mundo sin Ángel. Raro el mundo sin él, y volvió la pregunta del poema: «¿Cómo seré yo cuando no sea yo…?». No sabemos, pero sí que no fue una muerte en el olvido. Aunque tuviéramos unas «imprevisibles y verdaderas ganas de llorar». Nos aguantamos, nos pusimos a recordar, a volver a los paseos con Ángel, burlando esquinas oscuras y recordando aquellas horas en que también nosotros fuimos felices. Algunos no sabemos enterrar, ni fingir tristeza, ni decir responsos. Algunos preferimos compartir risas más que llantos. Así fue en su muerte y más allá. Dos días después del cementerio civil, después de una ceremonia de amigos, las cenizas de Ángel según su voluntad deberían viajar a los paisajes de su juventud, a su ciudad y sus montes. Nos fuimos a Oviedo en mi coche, detrás Celia, Conchita y Chus. A mi lado Susana y Ángel en cenizas, en aquella urna que ella llevaba consigo. A mitad de viaje, parada, gasolina y, ya puestos, un *whisky* en un gran vaso de plástico que pensábamos compartir Susana y yo. Al arrancar cayó el vaso con parte de su contenido… sobre la urna de las cenizas. Fue su última copa, el compartido *whisky* de los poetas. Polvo será, más polvo enamorado y con sed. «Yo no tengo la culpa / de haber bebido/ desde tan joven tanta sed de sangre, / tanto deseo de morder la vida, tanto amor».

Nos preguntábamos: ¿por qué Ángel seguía vivo hecho cenizas?, ¿por qué parecía estar con nosotros con su mirada acuosa de gafas a medio caer y su sonrisa a medio escapar? Ese peculiar ceceo de su voz, esa manera de cantar y de callar, de seguir y apurar, con nosotros seguía. Y si le hubiéramos preguntado, es muy posible que amable y contundente hubiera dicho: «Porque quiero».

Deseaba conocer a Ángel, escuchar de cerca sus silencios, hacer coros o pedir las copas. Algunos amigos se ofrecieron a las presentaciones, pero no remataban la jugada. Entre la gracia de que los camareros todavía no sonreían suficiente o que el poeta huía de toda corte de halagadores y otras vainas, nunca llegaba el momento de conocerlo. Y yo no paraba de verlo en la cercana lejanía de estar con los «suyos», que a mí también me parecían los míos. Hasta el año 81 no sucedió. Me invitó Raúl del Pozo a tomar algo con ellos en el Café Gijón. Tomar algo quería decir tomar Madrid al asalto de sus barras. Yo ya me estaba doctorando en esos menesteres y me apliqué, me mantuve digno en la licenciatura de mantener un don de la ebriedad que no terminara cayendo al Duero, ni al Júcar, ni siquiera al Manzanares. Beber para seguir, hablar por hablar, palabra sobre palabra. «¿Y cuándo hablamos de poesía?», preguntaba yo al poeta. Él prometía hacerlo cuando encontráramos el lugar propicio. Quizá un miércoles de merienda, o en octubre que es muy guapo. Siempre un aplazamiento para ponerse a hablar seriamente o jovialmente de su poesía. Seguro que alguna vez me puse pesado pero el hidalgo educado y gentil que siempre era lo soportaba con elegantes despejes de palabras. Quizá para callarme me regaló el libro de Emilio Alarcos Llorach, *Ángel González, poeta (variaciones críticas)*. Me dijo «aquí está todo lo que yo sé de mi poesía». El libro de Alarcos, como los de Ángel, siguen en mi compañía más allá de mudanzas y vueltas del camino. Todo era más claro, toda su poesía, también su personalidad, sus inicios tímidos y rigurosos, y su convicción cuando ya publicó de que sí, o quizá, tenía algo que decir. Ya con un estilo, con unas formas que le siguieron de por vida poética y personal. Decía Alarcos: «Ángel González se da a conocer tardíamente. Es una manifestación tardía de una vocación temprana.

Compuso versos desde pronto, escritos para sí mismo, pura manifestación sin pensar en apelar a un público. Fue Carlos Bousoño el que le instó a la publicación. Ángel González, pudoroso, consciente y maduro, sometió su selección a una rigurosa selección. Destruyó mucho y sobre todo meditó en las consecuencias de este cambio radical del simple exteriorizarse ante sí mismo al establecer comunicación con los demás». Gracias, Bousoño, por darte cuenta, convencer y hacer posible que entre nuestros poetas imprescindibles haya estado, esté y estará Ángel González.

Ya no tuvimos que hablar de poesía, de su poesía, porque de la de otros muchas veces lo hicimos, más o menos en secreto.

De las noches de los ochenta, de aquellos años felices para el hombre y para el poeta, guardo muchos recuerdos, casi todos en los circuitos habituales, excepto cuando la nostalgia atacaba y nos acercábamos a comer en Casa Perico en la calle de la Ballesta que frecuentó en aquellos sesenta, muchas veces en compañía de Jaime Gil: «Él iba a buscar lo suyo, lo encontraba antes de la segunda copa. Y yo me entretenía con lo mío, distinto aunque también prostibulario y con música al piano de Manuel Alejandro».

El Oliver, después del Gijón, era inevitable y aseguraba encuentros con escritores, periodistas y otra fauna artística. Allí, una noche en compañía de García Hortelano, Ángel, Caballero y alguno más, asistí a una apasionada charla sobre música y músicos. González pasaba de Bartok a las rancheras de José Alberto Jiménez. Caballero de El Gallina a Agujetas. Y todos estuvieron de acuerdo en el placer y felicidad que producía escuchar a Bola de Nieve, Ignacio Villa. Un cubano con aspecto de Louis Armstrong pero con muchas plumas que había venido para actuar con Concha Piquer y la diva se enceló con su éxito. Supo adaptarse, tocar en hoteles y alguna vez en los bajos del Oliver, donde fue admirado por los poetas. Bola volvió a Cuba, estuvo marginado por el castrismo por homosexual. El comunismo no

admitía esa condición sexual en sus filas. Algo que ya conocían bien estos poetas, compañeros de viaje del Partido Comunista, antifranquistas posibilistas, que llevaban mal tragarse ese sapo con su amigo Jaime Gil de Biedma. A todos les parecía injustificable, inadmisible, pero por ahí siguieron a pesar de las contradicciones con el castrismo y con el comunismo español. Años después Ángel, refiriéndose al asunto Gil de Biedma, decía que el no poder militar había sido una suerte para Jaime.

Nunca ocultó su compromiso antifranquista. No se ponía medallas pero se la «jugaba» haciendo cosas como esconder en su casa al clandestino Jorge Semprún. Desde la casa de Ángel se veía la última estatua ecuestre de Franco, allí estaba como un permanente aviso de que los tiempos deberían seguir cambiando. Cuando se la llevaron con nocturnidad y sin propaganda, en la casa de Ángel lo celebraron hasta las cucarachas.

No dejó sus compromisos políticos, pero no bailaba con ningún rebaño. Prefería bailar solo y siempre mantenerse sin mucha esperanza pero con mucho convencimiento de que la vida merecía la pena. Su seriedad nunca le impidió algunos excesos de un educado gamberro que seguía acompañándole en su vida. Un ejemplo de ese doble carácter de Ángel, donde la seriedad no está exenta del juego o la broma, lo viví con él y Raúl del Pozo en una de aquellas noches de bares y risas. Era el 26 de diciembre de 1984, día de la muerte del torero en Pozoblanco. Ellos no eran muy taurinos, pero después de unas cuantas barras, de unos brindis que iban aumentando, ante mi relativa sorpresa, aquellos dos «mayores» se empeñaron en una gamberrada casi juvenil. Se pusieron a pedir por calles y bares una ayuda para la viuda del torero muerto en la plaza. La viuda era la Pantoja que, naturalmente, no necesitaba esas caridades. Apenas recaudaron para pagar una copa, pero disfrutaron como niños hasta casi la madrugada.

También hay que dejar consignadas muchas noches en Libertad 8. Una especie de bar cabaret que llevaba el amigo Paco Otero. Noches de travestismo culto, de diversión berlinesa a la madrileña. Noches en las que alguna vez y a puerta cerrada se arrancaba Ángel por boleros o por asturianadas. Aquellos cantos que tanto gustaban a Joaquín Sabina con la noche abierta en su casa de Relatores. Noches de tequila y cante. Noches de *whisky* o vodka para Alfredo Bryce Echenique, que deseaba hacer un trío que superara los éxitos de *La Mandrágora*. Un trío con calaveras mexicanas y otros cantes con Sabina, González y Echenique. Una pena, se hubieran forrado, nos hubieran alegrado.

Cuando recuerdo a Ángel me siento feliz y con ganas de dar o recibir caricias. Feliz de haber compartido días, más bien noches, con ese ángel que nos cayó del cielo. Sabía controlar los enfados y medir las alegrías. Nada parecía áspero a su lado. Ángel no defraudaba, cumplía con su leyenda sin hacer esfuerzos. Era el poeta que había contado el dolor de los años oscuros pero también era el otro, el que hacía un quite con la ironía, particular chicuelina de la casa. Hacía un quiebro y el mundo se llenaba de promesas de asaltar la vida. Muy pronto él también supo que la vida iba en serio y por eso era más necesario sacar a bailar la esperanza y la alegría. Ponerse serio para reír mejor. A su lado vivíamos convencidos de que la muerte podía, debería, esperar. Seguir deteniendo el tiempo entre el humo del tabaco y alguna tertulia en Las Rejas con remate en las cercanías de su casa nos hacía dormir mejor y burlar aburrimientos y agobios. En este libro, en esta antología están algunos de los mejores ejemplos de su ser más serio y de darle la vuelta a la esquina con ironía.

ÁNGEL GONZÁLEZ

En los primeros años setenta, cuando yo también fui joven, fui feliz y lector; entonces había aparecido un libro que nos produjo unos irresistibles deseos de posesión. Sin violencia, con disimulo y con arrojo, me decidí a hacer mío el objeto de deseo. Un deseo que fue consumado en aquella librería de sótanos, cultura, cantautores y novedades deseadas que nos parecían deseantes. Así, el primer amor tangible con un libro de un poeta del que poco sabíamos, más allá de leyendas de cafés y garitos de entonces, se llamaba *Palabra sobre palabra*, inolvidable antología del poeta Ángel González.

No tardamos en angelizarnos, bebíamos sus poemas, recorríamos esa patria suya y nuestra que contenía llanto, sí, pero también contenía amor, fuga, armónica hermosura, y que espantaba sombras, derrotaba el justificado pesimismo con un insólito optimismo del que no nos preocupaba su dudosa procedencia. Nos sentimos mejor, ligábamos con sus poemas y nos creímos capaces de hacer útiles las robadas palabras, esas que parecían condenadas a la inutilidad. Y así, con un libro caído en el bolsillo, transportado por algún serafín, nos convertimos a la «angelolatría González (o culto de dulía a Ángel González)» por definirlo en palabras del irónico amigo, el poeta y novelista Juan García Hortelano. Con aquella antología nos angelizamos muchos querubines, tronos y tronados de entonces. El angélico poeta nos había dejado sus cánticos, sus civiles salmos, sus irónicas canciones, sus rimas y sus leyendas para refugiarse de sí mismo en universidades varias de la América profunda. Aquí se quedaban sus versos y sus amigos. Y los tocados por la «angelofanía» que creció por aquella, gracias, edición de Barral en su muy querida isla poética.

Barral, que no era santo pero sí bebedor legendario, confundió a Ángel con un policía de la secreta y a Hortelano con un guardia

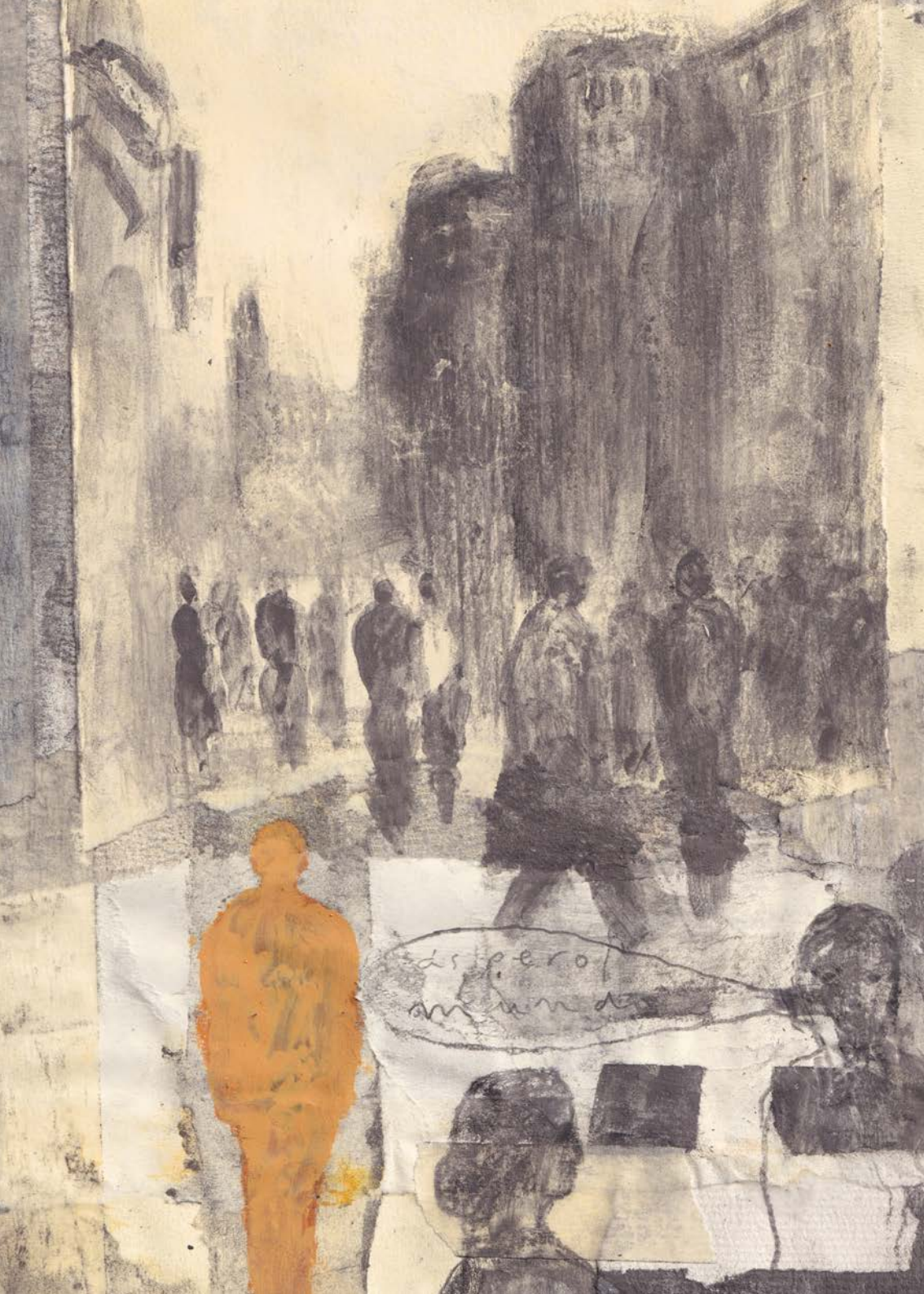
civil. Despejadas las dudas, abiertas las botellas, las cuevas y salones, aquella generación de jóvenes de los años cincuenta se habían convertido en los años setenta en nuestros ejemplos de mayores cercanos y dispuestos a llevarnos por los mejores caminos no recomendados para abstemios, sobrios, sacerdotes, comisarios ni moralistas zurdos o de derechas. Aquella tribu tan vividora, culta, divertida, comprometida sin dejar de lado los buenos lugares, las buenas compañías o los buenos viajes, reunió a Caballero Bonald, Valente, Gil de Biedma, Goytisolo, Barral, González, Rodríguez, entre otros. He tenido la suerte y el empeño de conocer a casi todos. A unos saludados, a otros paseados y a dos cercanos, insustituibles, vivos y recordados amigos: José Manuel Caballero Bonald y Ángel González. A los dos han querido arrimarlos a causas maniobreras, servirse de ellos, utilizarlos. No pudieron en vida, lo siguen intentando después de la muerte. Cuidado, que resucitan y pueden contar. Pero eso es otra historia que ya será contada. Aquí estoy para hablar del libro de Ángel, de esta edición esencial del centenario que ilustra el angelólogo Pablo Auladell y edita Nórdica. Estoy convencido de que dará motivos de celebraciones de los angelólatras que siempre esperamos su regreso. Desangelados no somos los mismos. Seguimos celebrando la cena de las cenizas, y con una copa para no olvidarnos porque nunca le olvidamos. Nada se me olvida y me dispongo a cantarlo. «Y mañana será otro día tranquilo/ un día como hoy, jueves o martes, / cualquier cosa y no eso / que esperamos aún, todavía, siempre».

DE *ÁSPERO MUNDO*

Áspero mundo

Para que yo me llame Ángel González,
para que mi ser pese sobre el suelo,
fue necesario un ancho espacio
y un largo tiempo:
hombres de todo mar y toda tierra,
fértiles vientres de mujer, y cuerpos
y más cuerpos, fundiéndose incesantes
en otro cuerpo nuevo.
Solsticios y equinoccios alumbraron
con su cambiante luz, su vario cielo,
el viaje milenario de mi carne
trepando por los siglos y los huesos.
De su pasaje lento y doloroso
de su huida hasta el fin, sobreviviendo
naufragios, aferrándose
al último suspiro de los muertos,
yo no soy más que el resultado, el fruto,
lo que queda, podrido, entre los restos;
esto que veis aquí,
tan sólo esto:
un escombro tenaz, que se resiste
a su ruina, que lucha contra el viento,

que avanza por caminos que no llevan
a ningún sitio. El éxito
de todos los fracasos. La enloquecida
fuerza del desaliento…



CUMPLEAÑOS

Yo lo noto: cómo me voy volviendo
menos cierto, confuso,
disolviéndome en aire
cotidiano, burdo
jirón de mí, deshilachado
y roto por los puños.

Yo comprendo: he vivido
un año más, y eso es muy duro.
¡Mover el corazón todos los días
casi cien veces por minuto!

Para vivir un año es necesario
morirse muchas veces mucho.

MUERTE EN EL OLVIDO

Yo sé que existo
porque tú me imaginas.
Soy alto porque tú me crees
alto, y limpio porque tú me miras
con buenos ojos,
con mirada limpia.
Tu pensamiento me hace
inteligente, y en tu sencilla
ternura, yo soy también sencillo
y bondadoso.
Pero si tú me olvidas
quedaré muerto sin que nadie
lo sepa. Verán viva
mi carne, pero será otro hombre
—oscuro, torpe, malo— el que la habita…

Canciones

Mientras tú existas,
mientras mi mirada
te busque más allá de las colinas,
mientras nada
me llene el corazón,
si no es tu imagen, y haya
una remota posibilidad de que estés viva
en algún sitio, iluminada
por una luz —cualquiera…
Mientras
yo presienta que eres y te llamas
así, con ese nombre tuyo
tan pequeño,
seguiré como ahora, amada
mía,
transido de distancia,
bajo este amor que crece y no se muere,
bajo este amor que sigue y nunca acaba.

